

Los “Textos costenos” de García Márquez

Escribe: HUGO RUIZ

Editado por Bruguera, apareció recientemente en Barcelona el primer volumen de una trilogía que aspira a recoger la totalidad de la obra periodística del narrador colombiano. El primer tomo, **Textos costenos** está integrado por las notas que escribiera García Márquez en “El Universal”, de Cartagena, a lo largo de poco más de un año y luego en “El Heraldó”, cuando ya se había integrado al grupo conformado por Alvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas, entre otros. Las notas, escritas cuando García Márquez contaba apenas algo más de los veinte años demuestran claramente, desde ya, la poderosa imaginación y la habilidad para aprovechar cualquier tema como material de una nota periodística. En un extenso prólogo el recopilador, Jacques Gilard, sigue paso a paso, con minuciosidad de hormiga, la trayectoria periodística de García Márquez. Nos encontramos en estos trabajos con notas sobre Eduardo Carranza, Héctor Rojas Herazo, Alvaro Cepeda, Ernest Hemingway, William Faulkner; con abundantes diatribas sobre los escritores de Bogotá, con pequeñas narraciones entre humorísticas y serias y con una serie sobre una marquesa a quien su marido envía desde todas las partes del mundo exóticos regalos para el día de su cumpleaños; y hay que advertir que la marquesa al parecer, cumple muy frecuentemente. También con un artículo hoy algo sorprendente si se tiene en cuenta la reciente nota sobre el autor de **Adiós a las armas**. “Mi Hemingway personal”, en el cual da testimonio de su admiración por el autor norteamericano. En su nota de juventud, por el contrario, García Márquez arremete contra Hemingway y afirma enfáticamente que es un autor de segunda o tercera fila cuyas obras no quedarán para la posteridad, y lo contrasta de inmediato con Faulkner.

Sin embargo, tal vez lo más importante del volumen, descontando, como ya se ha dicho, que en su casi totalidad se trata de notas excelentes desde el punto de vista periodístico, son los breves capítulos titulados "Apuntes para una novela" y "La casa de los Buendía", en las cuales ya aparece en ciernes el mundo novelesco de García Márquez, Meme, la inmensa casona, el coronel, y ese clima de agobiante calor que llena algunas páginas del autor de **Cien años de soledad**. También con una breve narración, "Nathanael hace una visita" que a pesar de que se considera como inconcluso constituye una clara muestra del mundo mágico e insólito que el autor lograría años después plasmar en sus cuentos y novelas.

El plan de Jacques Gilard incluye la publicación, a continuación de este primer tomo, de otro titulado **Textos cachacos** y por último el que integra su obra europea. Si bien algunos de los textos que integrarán el segundo y el tercer tomo son ya conocidos a través del libro que editara Colcultura, **Crónicas y reportajes**, resulta indudable que tener a disposición toda la obra periodística de García Márquez puede ayudar a comprender no solo su evolución como el periodista que después haría grandes reportajes sobre el naufragio de un marinero, los sandinistas, ciertas regiones de la costa atlántica y el Chocó, entre otros, sino también la forma en que fue encontrando uno a uno, sus libros, en que fue precisando sus ambiciones y su mundo narrativo, creando su propio lenguaje.

Para el estudioso de García Márquez todos los tres tomos serán de indudable interés. Pero es evidente que tal vez sea este, **Textos costeños**, el más significativo por tratarse de notas que eran totalmente desconocidas y que solo la paciencia de un admirador y crítico francés que debió viajar varias veces a Colombia para poder realizar su labor, han desenterrado de vetustos ejemplares de los dos diarios costeños para disfrute de los lectores del gran escritor colombiano.

"QUEREMOS TANTO A GLENDA"

Intentar transmitir o narrar sintéticamente la historia o trama de un cuento de Julio Cortázar es tarea no tanto ardua como inasible y, de algún modo, inútil. Porque en este autor tal vez más que en cualquier otro latinoamericano lo que realmente importa no son los datos con que alimenta sus narraciones sino la forma en que lo hace y que invariablemente conduce a la

certeza de que es la otra historia, la subyacente, la que se nos intenta —y logra— contar. Tal ha sido su característica a lo largo de toda su trayectoria de escritor, especialmente en los cuentos. Siempre hay otra historia soterrada que es la que en verdad interesa al narrador —y por ende, se supone, al lector—. Aunque, y aquí radica lo interesante del proceso, no se trata sencillamente de crear mediante la ambigüedad una atmósfera incierta o equívoca. Tampoco de sorprender mediante el gastado y fácil recurso de un final sorprendente por inesperado, a lo O'Henry. El arte de Cortázar apunta más alto que tales trivialidades. Su fin es el de descubrir el lado secreto de la realidad, y más precisamente el de la realidad cotidiana, sin acudir a expedientes insólitos o fantásticos en sí mismos. Esta modalidad, pero ahora en forma menos sofisticada, más humana y tierna que en muchas de sus narraciones anteriores, se cumple de nuevo en su último libro, aparecido recientemente en ediciones Alfaguara: **Queremos tanto a Glenda**, integrado por un total de doce relatos.

En el primero, "Orientación de los gatos", Cortázar crea, por así decirlo, el clásico triángulo amoroso, solo que en esta ocasión el tercero, en cuestión es un gato. La relación existente entre Osiris, el gato, y Alana, la esposa del narrador, es misteriosa y secreta para éste: "...mujer y gato conociéndose desde planos que se me escapan, que mis caricias no alcanzan a rebasar". Todo el cuento está centrado sobre la relación inefable que a medida que adelantamos en la lectura va haciéndose cada vez más profunda e inexorablemente, poco a poco, gradual y sutilmente, aleja al marido de la esposa. Pero no llegamos nunca a saber cómo ni la real naturaleza de esta afinidad entre la mujer y el gato. Al final, ante un cuadro en un museo que representa justamente a un gato ante una ventana —y el gato del cuadro es idéntico a Osiris— el narrador comprueba que "de alguna manera sentí que el triángulo se había roto; cuando Alana volvió hacia mí la cabeza el triángulo ya no existía, ella había ido al cuadro pero no estaba de vuelta, seguía del lado del gato mirando más allá de la ventana donde nadie podía ver lo que ellos veían, lo que solamente Alana y Osiris veían cada vez que me miraban de frente".

La segunda historia, la que presta el título al volumen, muestra a un grupo de admiradores de una actriz cinematográfica que para evitar que su ídolo se perpetúe en algunas escenas o secuencias que por algún motivo distinto a su actuación fallan

se organizan como núcleo formal para cambiar —y para ello cuentan con un laboratorio especial— estas secuencias por otras en las cuales, una vez realizado el transplante, “supimos que la perfección podía ser de este mundo y que ahora era de Glenda para siempre, de Glenda para nosotros para siempre”. Cuando la actriz anuncia su decisión de retirarse del cine el grupo respira aliviado porque sabe que ya no tendrá que esperar nuevas fallas por corregir y que Glenda quedará inmortalizada en la perfección que para ella y sus películas han logrado. Pero cuando Glenda, un año después, decide regresar a la pantalla, el grupo se disuelve en el acuerdo tácito de que nadie hablará jamás de lo realizado. El artista puede decaer, no así el arte.

No voy a sintetizar cada una de las historias del libro, por elemental respeto al lector. Baste con decir que en todas estas narraciones hay siempre algo oculto, algo que no se nos narra con las palabras y frases que leemos sino que está entre líneas más abajo, en otro nivel que va dejándose sentir en forma tan morosa y sutil que el lector comprende que allí, en estos relatos, hay otra cosa, un elemento oculto e intangible que es el que confiere su misterioso clima al texto.

Un párrafo de la tercera narración —“Historia con migajas”— podría darnos la clave: “Pero eso forma parte de un ajedrez infinitamente más complejo en el que el modesto movimiento de un peón oculta jugadas mayores”.

El libro, de otra parte, nos revela a un Cortázar que, a su manera, intenta denunciar la opresión y se plantea la utilidad o inutilidad del arte frente a las torturas, los asesinatos, el terror oficial. En “Texto en una libreta” vemos cómo una empresa encargada de clasificar estadísticamente el número de personas promedio que utilizan el metro, entre tales y tales estaciones, los días de mayor afluencia de pasajeros, etc., se va convirtiendo en un aparato totalitario en donde con el tiempo casi todos los usuarios son funcionarios de la firma investigadora y operan en la clandestinidad, establecen turnos, se mudan de ropa, secretamente, en las estaciones mismas del metro, cada vez ocupan más trenes, una mujer perteneciente al engranaje se suicida, logrando el autor crear la imagen de todo un mundo subterráneo que, aunque no lleguemos a conocer cuáles son sus fines, nos inquieta profundamente porque intuimos que allí se gesta algo contra la sociedad y sus prerrogativas, que se trata de algo sórdido y ruin de propósitos inconfesables, en una opre-

siva atmósfera kafkiana que va atenazando al narrador hasta hacerle temer por su vida.

Mucho más concreto es el relato "Recortes de prensa", donde un escultor y una escritora, ante un recorte de prensa en que una mujer denuncia —desde el exterior, por supuesto— las atrocidades cometidas en Argentina —igual podría ser en Montevideo, deja entrever el narrador— contra su hija y su esposo, se cuestionan sobre la utilidad de sus respectivas profesiones ante hechos tan bárbaros como los consignados en el recorte:

"—Ya ves, todo esto no sirve de nada— dijo el escultor, barriendo el aire con un brazo tendido. —No sirve de nada, Noemí, yo me paso meses haciendo estas mierdas, vos escribís libros, esa mujer denuncia atrocidades, vamos a congresos y a mesas redondas para protestar, casi llegamos a creer que las cosas están cambiando, y entonces te bastan dos minutos de lectura para comprender de nuevo la verdad, para...

—Sh, yo también pienso cosas así en el momento —le dije con la rabia de tener que decirlo—. Pero si las aceptara sería como mandarles a ellos un telegrama de adhesión, y además lo sabes muy bien, mañana te levantarás y al rato estarás modelando otra escultura y sabrás que yo estoy delante de mi máquina y pensarás que somos muchos aunque seamos tan pocos, y que la disparidad de fuerza no es ni será nunca una razón para callarse".

Un sueño, de los que se sueñan despierto, realizado por interpuesta persona, un asesinato cuya víctima reclama al asesino hasta que éste se suicida en su celda, una narración que sigue el ritmo de la Ofrenda Musical, de Bach; en este libro Cortázar llega a un virtuosismo que nunca cae en la simple fórmula sino que está puesto al servicio de una visión del mundo que reclama para la vida y para el arte un mayor compromiso ético y social. Porque el escritor, como los niños, es fundamentalmente un ser asombrado, pero su asombro no nace del desconocimiento sino de la lucidez. La fantasía de Cortázar, aborda ahora —finalmente— temas que la realidad política de su país, Argentina, y de América Latina, en general, han hecho casi obligatorios. Pero los aborda sin traicionarse, desde su manera de concebir la literatura, de plasmar su mundo, y la eficacia de su intento queda demostrada en forma rotunda y niega una vez más que el afiche realista sea el único modo de denunciar la opresión y la barbarie.